

Meditación inconveniente sobre el maremoto asiático.

«Los hundidos y los salvados»

José Ignacio González Faus

Le tomo el subtítulo prestado a Primo Levi porque expresa bien el estado de ánimo de muchos de nosotros, tras el reciente holocausto de la naturaleza. A nadie extrañará si explico que, después de la catástrofe de Indonesia y países aledaños, he recibido no pocas preguntas de amigos y amigas no creyentes: ¿dónde está Dios? ¿No es esto la mayor prueba de su inexistencia? O ¿no habría que decir más bien que si Dios existe es un Dios malo? Tales preguntas son enormemente serias. Quizá menos sorprendentes para un cristiano cuya fe se ha alimentado muchas veces de los llamados discursos apocalípticos de Jesús (Mc 13 y paralelos), y ahora teme ver convertidas en realidad aquellas extrañas visiones. Pero el mal es un escándalo metafísico; mayor para el creyente que para el no creyente.

Querer resolver el escándalo arguyendo que la finitud convierte al mal en inevitable, me parece que equivale a banalizar el mal. Como dije a una amiga, si yo viera que negando a Dios se arreglaba el desastre, no temería negarlo, y sé que Dios no me lo tendría en cuenta.

Pero el problema es que tal negación no resuelve nada, ni para unos ni para otros: porque *no es ésa la pregunta del momento*. Incluso temo profundamente que esas preguntas sin respuesta se conviertan en una excusa fácil para no hacer nosotros lo que deberíamos, dado que ya tenemos un culpable. La pregunta inquietante que nos deja el tsunami es, en mi

opinión, no la de dónde está Dios, sino esta otra: *¿qué debemos hacer ahora y cuáles han de ser nuestras pautas de actuación?*

Uno de los mayores creyentes del pasado siglo, el mártir Dietrich Bonhoeffer, nos profetizó que habríamos de aprender a vivir «como si Dios no existiera»: a vivir «sin Dios»; añadiendo, para los cristianos, que había que vivir sin Dios, *ante Dios*. Ese «ante Dios»

negar a Dios no responde a la pregunta del momento; la pregunta inquietante es: ¿qué debemos hacer y cuáles han de ser nuestras pautas de actuación?

significa exactamente vivir sin Dios, *con el Espíritu de Dios*. El no creyente se ahorrará esa difícil dialéctica y vivirá simplemente sin Dios. Pero en ese «sin» podemos encontrarnos todos. Y ello es lo que nos obliga a afrontar la pregunta que ha dejado el maremoto, como emergiendo de entre tantas arenas revueltas: ¿qué hacer ahora? ¿Cuáles han de ser nuestras pautas de actuación en este planeta donde los paraísos pueden convertirse instantáneamente en infiernos?

Las líneas que siguen intentan encarar esa pregunta, yendo más allá de las urgencias inmediatas para las que no soy competente (cómo aportar agua, evitar epidemias...), y delineando una especie de ética cósmica de más largo alcance, que me gustaría fuese válida para creyentes e increyentes. Al hablar de ética cósmica (o cosmoética) no me refiero sólo a una ética ecológica o del cosmos. Quisiera hablar más bien de *una ética universal sobre las relaciones humanas en este planeta*. No la llamo «ética global» porque eso suena a unas normas «mínimas» que algunos califican como ética «civil». Aquí me gustaría buscar más bien cuáles son las obligaciones del hombre y de la comunidad humana en este planeta llamado tierra.

Podrán parecer demasiado exigentes, pero lo que hay que mirar es, más bien, si están a la altura de lo que nos ha ocurrido. Así como después de la Shoa se hizo insistente la pregunta de cómo hablar de Dios después de Auschwitz, creo que nuestra pregunta ahora es cómo ser humanos después del sudeste asiático.

Pues bien: se crea o no se crea en Dios, pienso que todo el mundo debería aceptar las tesis siguientes:

1. El ser humano no es Dios

Esto vale tanto para los que afirman a Dios como para los que le niegan. Y no es una elementalidad despreciable, sino que tiene consecuencias muy serias. El hombre no puede proceder como si fuera señor y dueño de todo, como si su voluntad fuese ley de las cosas, o como si, él por sí solo, fuese capaz de alcanzar la condición de la divinidad. Ha de aceptar su limitación no sólo a la hora de las disminuciones que trae la vida, ni a la hora de justificar sus impotencias, sino incluso en sus horas de máxima potencia activa.

Si esta tesis se acepta, no sólo como una evidencia teórica, sino como una actitud vital, práctica, creo que de ella se derivan todas las demás.

2. La tierra no es del hombre

Ni es obra suya ni propiedad suya. Puede ser compañera o habitación suya, pero nada más. Esto vale de nuestro planeta y de todo el universo, en la mínima parte de él que resulta accesible al hombre.

Las calamidades naturales ponen de relieve esa dimensión irreductible de la tierra, tanto si se acep-

tan las voces ecologistas que establecen relación entre el cambio climático y la catástrofe de Sumatra, como si no. Más probable parece ser esa relación entre una deforestación masiva y el pasado tifón de las Filipinas. Y puedo testificar que, en mis veinte años de visitas a El Salvador, vi cambiar el paisaje de aquel país por razones de «progreso» económico (no precisamente de atención a necesidades básicas): pero no sabe uno si la virulencia de calamidades posteriores tiene que ver con eso.

En cualquier caso, el hombre está puesto sobre la tierra para hacerla habitable, allí donde ésta no lo sea, y para cuidarla allí donde ya lo es. Pero no para sacarle todo el jugo posible.

3. La vida es un valle de lágrimas

Así rezaba una oración cristiana; y en el cristianismo nunca fue el valle de lágrimas una verdad de fe sino un dato de la experiencia, a partir del cual se creía y se esperaba. Y que se contraponía al postulado teológico de Leibnitz de que este mundo, por ser obra de Dios, es «el mejor de los posibles». Algo parecido al valle de lágrimas deja entrever la llamada «ley de la causalidad» en el budismo, la cual nos es más difícil de entender en

su formulación, porque va muy vinculada a otros conceptos como el de la mentira del yo y del deseo; pero está en la base de la doctrina de la reencarnación, la cual siempre es vista como una nueva desgracia (o castigo inmanente).¹

Pero la Modernidad se rebeló contra esa definición de la vida como «valle de lágrimas» (o la de Teresa de Avila: una mala noche en una mala posada). Se rebeló con parte de razón: porque el cristianismo había convertido la frase de la Salve no en una llamada a la conversión sino en una excusa para el conformismo social: la Resurrección de Jesús no jugaba como acicate para la anticipación simbólica del más allá (al modo de lo que Jesús decía de sus curaciones)², sino como justificación de la pereza.

Pero la justificada rebelión de la Modernidad erró al tomar el valle de lágrimas como una enseñanza de fe y no como un dato de experiencia. Y se desvirtuó hacia una seguridad orgullosa de poder convertir esta tierra en un «valle de dichas»: en un cielo. Esa segu-

¹ Hasta que autores como Aurobindo quisieron reconvertirla en una nueva posibilidad para alcanzar toda la perfección humana que no hubo tiempo de conseguir en una sola vida. Pero éste no es momento de discusiones conceptuales.

² Cf. Mt 12,28.

ridad venía urgida por el dogma moderno de que no existe más vida humana que ésta.

Despojada esta vida de su carácter provisional (de «prueba» según un discutible lenguaje antiguo), el moderado consejo del poeta Horacio «carpe diem» (aprovecha el momento) se convirtió en un «carpe vitam» (sácale todo el jugo a la vida). Y hoy debemos preguntarnos si ese empeño por exprimir cada cual al máximo su vida particular no figura entre las causas de la casi desaparición de la solidaridad entre nosotros, y del serio temor de si la humanidad no estará cargándose el planeta.

En cualquier caso y volviendo a nuestras tesis: si el hombre no es Dios, ni el dueño del planeta, y si la vida es un valle de lágrimas, todavía podemos dar un paso más:

4. La única felicidad que cabe en este mundo está hecha no por la posesión de todo lo posible, sino por la paz y la liberación del miedo, más algunos momentos de «éxtasis» con sensación o atisbo de plenitud que, sin embargo, son sólo fugaces

Podemos evocar que la liberación del miedo y la paz son los dos re-

galos que más aparecen en los evangelios como don de Jesús. Podemos reconocer como experiencia humana que, cuando esas experiencias fugaces de plenitud alcanzan lo más profundo de nosotros mismos, nos abren camino y nos capacitan para vivir, mientras que si son superficiales nos crean adicciones. Pero en cualquier caso, la renuncia a todo otro tipo de felicidad absoluta debería condicionar decisivamente la actitud con que todos afrontamos la vida en este planeta.

Algunos creen no obstante, como Voltaire antes del maremoto de Lisboa, que la humanidad irá superando poco a poco todas sus dificultades y dominará la existencia y el planeta³. No sé si esa fe es

³ Vale la pena evocar, aunque sea en una nota, la reacción y la sacudida de Voltaire ante el *tsunami* de Lisboa en 1755. Nuestro autor quedó anonadado y su fe en el progreso se tambaleó. Él creía en Dios, pero en un dios deísta, mero «relojero» necesario para poner en marcha la máquina del mundo, pero que luego se desentiende y no se interesa por él. Un dios que «no molesta», pero tampoco permite afirmar que este mundo sea «el mejor de los posibles» como sostenía Leibnitz («pues ¿cómo serán los otros?», se pregunta irónicamente Cándido en la novela volteriana del mismo título). Así entre el valle de lágrimas y el mejor mundo posible, Voltaire abría las puertas a una fe en el progreso: a que el hombre se hiciera cargo de la historia a su gusto,

verdadera o falsa. Sólo afirmo aquí que no es una evidencia científica ni una conclusión racional, y que es totalmente «religiosa». Hasta hoy, centenares de siglos se empeñan en sugerirnos que la humanidad sólo es capaz de progresar técnicamente y cuantitativa-

*el hombre no puede
proceder como si fuera
dueño y señor de todo*

mente, no social y cualitativa-mente. Ello nos lleva a la tesis siguiente:

5. El progreso humano sobre la tierra ha discurrido hasta ahora en una dirección parcialmente viciada

Esta tesis será la más combatida por muchos fundamentalismos progresistas, que confunden el innegable valor (y el imperativo) del progreso con la canonización de «este nuestro» progreso, el cual ha sido sólo un progreso técnico y

y al delicioso mundo que de ahí surgiría. Que para ese progreso fueran necesarios los esclavos, no le preocupaba demasiado. Pero ¿quién iba a decirle que 250 años después, el maremoto de Lisboa continuaría impertérrito y multiplicado en otros paraísos del globo?

cuantitativo; no integral, solidario y cualitativo. Ello es debido a un fallo en la aceptación de las cuatro tesis anteriores, que ha hecho a los hombres asignarse derechos que no tenían.

Habrà que sugerir algùn ejemplo de esos derechos inexistentes. Pero antes conviene a~adir que,

*no por ser obra de Dios,
este mundo es «el mejor
de los posibles»*

en la raíz de ese fallo, està una economía de competitividad total que ha acabado creando un mundo de enfrentados. Y una economía «expeditiva» en sus métodos, que ha creado también un mundo sin escrúpulos a la hora de resolver eficazmente sus enfrentamientos. Por eso, cuando se producen calamidades como la pasada del Sudeste asiático, surge otra pregunta:

6. ¿Seremos capaces de preguntarnos si «hemos hecho algo mal»?

¿O reaccionaremos, en género humano, con fundamentalismo orgulloso? Muchos medios de comunicación han comentado este curioso detalle: ni un solo cadáver de animales ha sido encontrado entre las ruinas de la devastación

del sudeste asiático. El instinto, en forma de sensores desconocidos para nosotros funcionó allí a la perfección. Y Tomás de Aquino decía que, en el ser humano, la luz de la razón tiene el papel de suplir al instinto ciego. Nuestra pregunta ineludible ha de ser por qué en este caso ha sido la razón, de la que tanto blasonamos, mucho más ciega que el instinto animal. ¿Qué està fallando en nuestra razón?

También resulta, a la vez, irritante y digno de reflexión el que estas graves calamidades afecten casi siempre a los países más pobres. ¿Es debido sólo a que ellos no supieron progresar? ¿O es más bien una consecuencia de la manera como hemos progresado nosotros?

He aquí una sugerencia para encarar esas preguntas: cuando los atentados del 11-S, todas las competiciones futbolísticas europeas suspendieron la jornada de liga de un domingo, en solidaridad con las víctimas de aquella barbarie. ¿Haremos ahora lo mismo (¡y más!) por las víctimas del 26-D? ¿O es que nuestra cacareada solidaridad con las víctimas del 2001 no era más que una adulación al imperio? Entonces «todos éramos norteamericanos». ¿Estamos dispuestos ahora a ser todos asiáticos? ¿A ser todos iraquíes, etc? ¿O

preferimos ser más solidarios con los ricos que con los pobres?

El ser auténticamente capaces de preguntarnos si hemos hecho algo mal, cambiaría nuestro modo de enfocar la vida en esta tierra: porque pondría de relieve que quizá lo que falla en nuestra razón es la carencia de lo que Jesús llamaba «pureza de corazón».

¿Estamos pues haciendo algo mal? Las dos tesis siguientes señalan posibles piedras de tropiezo en algunas conductas establecidas y en la mentalidad que las alimenta.

7. No es razonable que aquellos países pobres y más vulnerables tengan instalaciones turísticas superlujosas (¡para extranjeros!) y carezcan de medios de detección o prevención de calamidades (para ellos)

Esta tesis concreta más la anterior, en busca de la humildad que necesitamos. Hasta ahora quizá pudiera argüirse que estas catástrofe, eran más propias del Pacífico que del Índico. Pero, a partir de ahora, es preciso aceptar con honradez otras preguntas incómodas como las siguientes:

¿Tienen derecho las cadenas hoteleras del mundo rico a establecerse en países y entre poblaciones que no las necesitan para sí, y donde sólo disfrutarán extranjeros del Primer mundo, a los que se lleva allí con el señuelo de un «paraíso natural»? (aunque, una vez allí, reclaman cosas tan poco naturales como antenas parabólicas y televisiones de cable, por si su estancia allá coincide con algún partido del Madrid o del Barcelona...). Esta pregunta se enmarca en otra más amplia:

¿Qué derecho tienen las multinacionales a ir a otros países imponiendo su presencia, reclamando la exención de toda ley social o ambiental, y creándoles sufrimientos como los de la Union Carbide en Bopal (India) hace ahora 20 años? La tragedia de Bopal dejó en aquella zona no sólo multitud de muertos en aquel momento, sino infinidad de enfermedades y cánceres posteriores, mientras la multinacional se marchó tan impune como había llegado, pagando sólo unas ridículas indemnizaciones, y confiando en que veinte años después nadie se acordaría...

Y no vale argüir, para justificar esas invasiones abusivas, que a aquellos países les va bien y les ayuda el dinero que entra en ellos

por este camino. Con esa excusa se ha tratado de justificar el trabajo esclavo de cientos de miles de niños, alegando que así entraba en su casa al menos un sueldo, por mínimo que fuera. Pero a los países pobres hay que ayudarles como ellos necesitan y no como a nosotros nos conviene.

Todas estas preguntas tienen aún otro marco más amplio: ¿No tendrán razón todos los movimientos desacreditados fácilmente como «antiglobalización», pero que en realidad reclaman *otra* globalización? En cualquier caso, todas estas preguntas nos encaminan hacia la tesis siguiente:

8. Si existe Dios, «no se puede servir a Dios y al Dinero». Pero si Dios no existe, entonces tampoco el dinero puede ser dios

Servir al dinero como a dios es fuente infalible de espléndidas carnazas que nos obnubilan, y de grandes facturas posteriores en las que el falso dios se revela como ídolo de muerte. Por eso, en ambos casos, vale el principio neotestamentario: «la raíz de todos los males es el amor al dinero».

Aceptar existencialmente que el dinero no es Dios es ya en reali-

dad un acto de fe. Lo es tanto para los que creen en Dios como para los que no creen en Él. Pues, en niveles históricos y sociales, la burocrata «ley de la causalidad» (o «némesis inmanente») antes evocada, pocas veces es perceptible por nosotros, al menos por todos. Y mucho menos perceptible lo es a niveles no individuales sino sociales. Por eso, al menos a corto plazo, el dinero parece reinar como dios omnipotente.

Ya aludí, en la segunda tesis, a la hipotética relación entre la crueldad de la naturaleza y el maltrato a que la ha sometido el hombre. Pero ahora no sería bueno argüir con datos hipotéticos. Lo único cierto es que ahí todavía no podemos movernos con seguridad: ni con la certeza del descalabro ni con la certeza de la impunidad. Hay que apostar; y la apuesta ha de ser: o por salvar lo que tenemos a la vez que lo mejoramos, o por correr un riesgo desconocido yendo a la velocidad de nuestro deseo como si éste fuera la ley de las cosas, y obedeciendo a los mandamientos del Dinero (potenciadores de nuestro deseo), como si fueran las tablas de la Ley reveladas en el Sinaí de la modernidad.

Se responde infinidad de veces que el dinero es necesario. Y vaya

si lo es: tanto que con sólo la mitad de la fortuna de la persona más rica de este mundo (de cuyo nombre no quiero acordarme), habría para paliar todo el desastre del sudeste asiático, mientras él podría seguir viviendo como vive. Pero, curiosamente, es de ese dinero tan necesario del que aquí no podremos disponer. Como tampoco parece que estemos dispuestos a condonar de una vez y del todo, la asfixiante deuda eterna de aquellos países que, por mucho dinero que ahora les aportemos, pesará como una losa a la hora de intentar rehacerse.

9. Albert Camus escribió
aquello tan famoso de que
«en el hombre hay más cosas
dignas de admiración que de
desprecio». Pero a
continuación se hacía una
pregunta que todos
deberíamos repetirnos hoy:
¿por qué todo eso tan digno
de admiración sólo sale a flote
cuando se declara «la peste»
en la ciudad?

Las reacciones ante la calamidad de Asia parecen confirmar tanto la verdad de la afirmación como la pertinencia de la pregunta. Efectivamente, debemos creer en la bondad de los hombres (salvo quizás cuando haya dinero de por

medio)⁴. Pero, por las razones que sea, hemos de afirmar también que los hombres solemos ser irresponsables, sobre todo cuando actuamos muchos a la vez.

Una de las causas que nos hace históricamente irresponsables es el hecho de que nuestro progreso

*nuestro progreso ha sido sólo
un progreso técnico y
cuantitativo; no integral,
solidario y cualitativo*

técnico puede disminuir los riesgos hasta niveles cuantitativamente tan bajos, que ya sería razonable no considerarlos; pero resulta que la amenaza cualitativa de tales riesgos es altísima y cada vez más seria y estremecedora. Se añade a esto que, las medidas de seguridad pueden ser muy caras ante riesgos tan improbables, pero también tan pavorosos. Y que la repetición de las actuaciones vuelve casi segura la materialización del riesgo. Una probabili-

⁴ Lo más espeluznante, y lo más desalentador, que hemos oído sobre el drama asiático es que las mafias traficantes de niños están procurando hacerse con los perdidos y abandonados después del tsunami, para lucrarse con su infame negocio de esclavitud infantil. ¡Hasta ahí puede degradarnos a los seres humanos la pasión por el dinero!

dad del uno por mil, puede ser razonable desconsiderarla cuando sólo actúa uno; pero si actúan miles de personas, esa probabilidad acabará materializándose; y las consecuencias de esa realización pueden ser terribles.

Concretando también en ejemplos: las pasadas navidades hubo

el instinto animal

funcionó ante el maremoto asiático; en cambio, la razón humana falló

agencias de viaje que tuvieron información sobre la posibilidad de un maremoto en el sudeste asiático, pero no consideraron que valiera la pena suspender los viajes programados por esa amenaza (ni perder los ingresos que ello hubiera supuesto). Así mismo: los conductores que se quedaron bloqueados en la nevada de Burgos, también en las pasadas navidades, habían sido alertados hasta la saciedad sobre ese riesgo y la necesidad de cadenas; pero un 70% de ellos no las llevaban. Igualmente, la Administración, que conocía mejor el riesgo, tampoco supo prepararse para afrontarlo ayudando. Con la discoteca «Cromagnon» de Buenos Aires (que sin saberlo hizo honor a su nombre), podría hacerse una reflexión

que rimaría con las anteriores en perfecta consonante: culpa en la administración, en el dueño del local, pero también en los ciudadanos.

Es hora de concluir, y eso intentará la tesis siguiente, primero a corto plazo y luego en un horizonte más largo:

10. La verdadera lección, y la verdadera pregunta que nos deja el 26-D no es ya si existe o no existe Dios sino ¿qué debemos hacer y qué vamos a hacer?

De momento la reacción de solidaridad ha sido impresionante: el diagnóstico de Camus ha funcionado y ha salido lo mejor de casi todos nosotros, incluso hasta afear la tacañería inicial del presidente Bush, tan generoso en dispendios armamentistas y tan poco dispuesto a sacrificios auténticos. Pero probablemente, la reconstrucción de todos aquellos países durará unos veinte años: a urgencias como las del agua, prevención de epidemias y reconstrucción de los barcos pesqueros, se sumará una ingente necesidad de afecto, acogida y simpatía, para que los sobrevivientes puedan reparar su psiquismo. Es en ese largo plazo donde se pondrá

en evidencia si nuestra solidaridad era verdaderamente tal, o era mera impresionabilidad momentánea.

Ojalá sepamos hacer de la necesidad virtud, y nos decidamos a lo que hace tiempo vienen pidiendo algunas de las voces más lúcidas de nuestro mundo: los países ricos debemos dar «un paso atrás» en nuestros niveles de vida, para que los países pobres puedan dar un paso adelante, hacia nosotros.

Ello supondría en mi pobre opinión al menos tres cosas: que la economía deje de girar en torno al «consumir para seguir consumiendo»; que la humanidad no invierta un céntimo más en armas, investigaciones y carreras armamentistas. Y que la ONU se reforme muy a fondo y deje de dar esa repetida sensación de que, ante los grandes problemas que se le plantean a la humanidad, ella se encuentra como un tetrapléjico al que se le encarga barrer una ciudad⁵.

⁵ Se hace inevitable citar la *Pacem in Terris* de Juan XXIII, porque es ya muy vieja y porque, aunque fuera de un papa, estaba dirigida a todos los hombres de buena voluntad: «...hoy el bien común de todos los pueblos plantea problemas que afectan a todas las naciones; y como semejantes problemas sólo puede afrontarlos una autoridad pública cuyo poder, estructura y

Ejemplos de este último punto podrían ser, entre otros mil, que la anunciada reforma de Naciones Unidas que se propone para este año de su sesenta aniversario, discorra por ejemplo eliminando el derecho de veto de los grandes, en lugar de extenderlo a algún nuevo grande. Supondría que la ONU tenga más poder coercitivo sobre todo frente a los poderosos del planeta. ¿Cabe esperar algo de esto?

Ejemplos de los dos puntos anteriores, pueden ser preguntas como la que va a seguir: ya ha comenzado a hablarse de la «terrificación» (*terraformation*) de planetas como Marte. La humanidad dispone de medios para cambiar las condiciones vitales de aquel planeta, para crear en él una atmósfera, para aumentar su temperatura global con procedimientos análogos a los que parecen estar provocando el «calentamiento de la tierra»... Ello supondría

medios sean suficientemente amplios y cuyo radio de acción tenga un alcance mundial, resulta en consecuencia que por imposición del mismo orden moral, es preciso constituir una autoridad pública general» (137). Añadiendo lo que ningún papa se atreverá a decir: es preciso denunciar públicamente los esfuerzos de Estados Unidos, por impedir el desarrollo de esa autoridad mundial, tratando más bien de convertirla en un peón al servicio de su imperio.

unos gastos miles de veces superiores a los que requerirá la reconstrucción del sudeste asiático (inversiones que, en la lógica actual de nuestra economía, irán saliendo del recorte de gastos sociales más que del bolsillo de las grandes fortunas que son las que luego se aprovecharán de todas las supuestas ventajas del proyecto: acceso no sólo a vivir en Marte sino al cobalto y otros minerales que nos hacen falta; así como ventajas militares estratégicas insuperables, para los autores de esta nueva conquista)⁶.

Y bien, ante semejante proyecto será inevitable que la mayoría del género humano se pregunte: ¿tiene algún sentido ese empeño por «terrorificar» (¿o terrorizar?) Marte, mientras estamos «martificando» (o martirizando) la tierra? En cualquier caso, la pregunta de qué debemos hacer es la verdadera pregunta que nos viene lanzada por las aguas embravecidas del océano Índico.

Y para concluir, no se trata de culpar a unos para disculpar a otros,

sino de que todos comprendamos que los riesgos a los que se enfrenta la limitada especie humana son cada vez mayores, aunque algunos sean de probabilidades cada vez menores. Que, por consiguiente, tiene que cambiar la actitud con que afrontamos nuestra vida en la tierra: que ni los ciudadanos tienen derecho a reclamar unos gobiernos que no imponen nada pero resuelven todas las dificultades, ni los poderosos de la tierra tienen derecho a conductas (por pingües que sean en sus beneficios) que aumentan la posibilidad de esos riesgos. E incluso que quizá deberíamos dar un paso atrás en la dirección por la que vamos llevando a la historia, aprendiendo a progresar más lentamente y más conjuntamente.

Esta conclusión habría de ser un primer principio fundamental de «cosmoética». De lo contrario, preferiremos «seguir bailando sobre el Titanic» durante un tiempo más o menos largo, y el día en que se produzca otro desastre buscar algún hado a quien echar la culpa. ■

⁶ Para más detalles ver *Le Monde Diplomatique*, diciembre 2004, pgs. 24-25.